

cuerda al pescuezo, y así le subieron en una carreta que estaba al pié de la horca. Subido en este lugar, comenzó á hablar con grande atención, oyéndole una tan grande muchedumbre de gente, cuanta nunca se juntó en aquel lugar, estando presentes tres condes, y cinco barones, y otros muchos caballeros y señores principales. Tomó entónces el Padre por tema muy á propósito aquellas palabras del Apóstol (e): Un espectáculo estamos hechos á Dios, y á los ángeles, y á los hombres. Y declarando él estas palabras, ántes que acabase de hablar, un hereje del consejo real, que estaba á caballo junto á él, le cortó el hilo de la plática, diciendo: Ora, sus; deja, deja ya de tentar y engañar al pueblo con tus palabras fingidas. Mejor harías en confesar delante de todos que tienes ofendida la majestad real, y pedir humildemente perdón á la Reina. Y lo mismo le aconsejaban los ministros de la justicia, y los vicecomites de Lóndres. Mas Campion acudió diciendo: Hiciera lo que me pedís, si me sintiera culpado en ese crimen; sino teneis por crimen ser yo católico, que es summa honra y gloria; por lo cual he padecido tantos tormentos, y estoy agora aparejado para recibir la muerte.

Entónces los calvinistas comenzaron á pedirle que rezase con ellos. Lo qual él no quiso hacer, abominando su falsa religion; mas pidió á todos los católicos que allí estaban, que en el punto que él estuviese muriendo le dijese el *Credo*, para que la fe que ya no podría confesar con su boca, la confesase con la de innumerables católicos que allí estaban presentes. Y desta manera hurtando á la carreta los piés debajo, quedó ahorcado; y ántes que espirase, uno de los principales herejes le cortó la cuerda, no consintiendo que espirase allí, como se hacia communmente con los malhechores. Y estando aun medio vivo, usaron con él y con sus compañeros de una tan rabiosa y desvergonzada crueldad, de la qual nunca Diocleciano, ni otros cruelísimos tiranos usaron con los mártires; pero esta fué obra de hombres cuyas ánimas regía Satanás. Y la crueldad fué, que estando él aun vivo, le cortaron sus partes naturales, y abriéndolo por medio con un cuchillo, le arrancaron el corazon y las tripas, y las echaron en el fuego; y cortada la cabeza, le partieron el cuerpo en cuatro cuartos; los cuales junto con la cabeza cocieron un poco en agua herviendo, y así los pusieron con clavos hincados en las puertas de la ciudad.

§. III.

Confesion gloriosa y martirio de los Padres Servino y Brianto.

Acabado esto, el verdugo llamó á Servino, diciendo: Ven tú también, Servino, para que recibas el pago que este recibió. Acudió luego él con un rostro lleno de alegría, y abrazó al verdugo, y besó la mano sangrienta que traía de la carnicería pasada del Padre Campion. Lo cual de tal manera movió al pueblo, que con gran ruido y mormullo acabaron con el Vizconde que le dejase hablar lo que quisiese; y así se hizo. Porque subido en la escalera, hizo una grande exhortacion al pueblo; y acabada esta, él mismo metió la cabeza en el lazo que le estaba aparejado. Lo cual viendo el pueblo, comenzó con grande clamor á decir: ¡Oh buen Servino, Dios reciba tu buena ánima! El qual clamor duró por grande espacio, y aun apénas despues de él muerto se pudo mitigar.

(a) 1. Cor. 4.

Despues deste Padre llamaron á Brianto. El qual ántes que padeciese, profesó brevemente la fe porque moría, y purgóse de la calumnia que á él y á los otros padres oponian de las traiciones contra la Reina, diciendo que ni aun por imaginacion tal cosa habia por el pasado. Y demas de sus palabras, la innocencia de su rostro, y su cara angélica (porque era mancebo hermosísimo) daba dello testimonio. Pero lo que movia los ánimos, y los ojos de los que presentes estaban, era ver el alegría grande que mostraba estando para padecer; la cual alegría nascia de ver que padescia por la fe católica; y junto con esto, porque padescia en compañía del Padre Campion, á quien él tenia grande amor y devocion. Y así en él como en su compañero Servino ejecutaron toda aquella crueldad y carnicería de que usaron con el sobredicho Padre Campion. Los cuales con un breve trabajo compraron eterno descanso, de que agora gozan, y para siempre gozarán; gloriándose en el cielo de lo que no se pueden gloriarse los ángeles; que es haber dado la vida por la gloria de su Criador, dejando vencidos los herejes, y confundidos los demonios, y confirmados los católicos con el testimonio de la fe y constancia con que tantos tormentos padecieron.

Resta agora que el cristiano lector considere con ojos de fe, con qué alegría los sanctos ángeles acompañarian estas dichosas ánimas que tan valerosamente habian triunfado de toda la potencia del mundo y del infierno, ofreciendo la vida por la gloria de su Señor, y por la salvacion de las ánimas; leales en esto á su Dios, por cuya fe murieron, y leales á sus prójimos; pues siendo tan cruelmente atormentados, nunca los descubrieron: mártires en lo uno, y mártires en lo otro. Pues ¿qué fiesta se haria este dia en el cielo en la entrada destes gloriosos caballeros con doblada corona (si decir se puede) de martirio? Y ¿con qué alegría los saludarian y recibirian los sanctos mártires, como á compañeros suyos, y imitadores de su fe y fortaleza, dándoles el parabien de aquella entrada en la ciudad soberana, para cantar siempre las alabanzas del Señor, que tal fe, tal virtud, tal caridad y tal constancia les dió, para que en medio de tantos clamores y torbellinos del mundo estuviesen con un corazon sosegado, y con un ánimo invencible, y despreciador de todas las amenazas y tormentos de los herejes?

§. IV.

Circunstancias maravillosas que en esta excelencia de los mártires resplandesce.

Pues quien atentamente considera esta singular excelencia de los mártires, podrá notar en ella cinco grandes maravillas que aquí habemos referido. Entre las cuales la primera es el número tan grande de los mártires que padecieron por la fe. La segunda la cualidad de las personas que padescian; entre las cuales entran mujeres flacas, y vírgines nobles y delicadas. La tercera es la horribilidad de los tormentos nunca vistos con que fuéron los sanctos atormentados. La cuarta es el esfuerzo de ánimo, y alegría en el padecer, y libertad de hablar, escupiendo y blasfemando de los falsos dioses. La quinta es el fin de toda esta batalla tan prolija y tan reñida con que pretendian los tiranos extinguir la religion y nombre de Cristo, para establecer su idolatría. Y no solo no alcanzaron lo que pretendian; mas ántes como si las persecuciones dellos fueran favores nuestros,

así su idolatría quedó al cabo destruida, y la religion de Cristo ensalzada y establecida. Pues estas cinco maravillas son una grande confirmacion de nuestra fe, y materia de una grande admiracion de la grandeza y omnipotencia de nuestro Señor, que por tan alta y nueva manera triunfó del príncipe deste mundo.

CAPITULO XXIV.

Decimanona excelencia de la religion cristiana, que es ser testificada y aprobada con milagros.

Otro mayor testimonio tiene la religion cristiana, que es el de los milagros. Para lo qual es de saber, que así como Dios es summamente perfecto, así lo son todas sus obras; porque la imperfeccion de la obra redundaria en injuria del artífice. Pues como él oblique á todos los hombres á tener fe (sin la qual es imposible salvarse), y para esto sea necesario crear cosas que sobrepujan la facultad de la razon, era justo que proveyese él de medios suficientes para que fuesen creidas. Pues estos decimos que fuéron los milagros; para que las obras que exceden el poder de naturaleza, hiciesen fe de las que exceden la facultad de la razon humana. Y esto son (como decimos) los milagros, que solo Dios puede hacer; y cuando él lo hace en testimonio de alguna verdad, la tal verdad es mas cierta que lo que se ve con los ojos, y toca con las manos. Los reyes tienen sus sellos reales, por los cuales son conocidas y obedecidas sus provisiones; mas el sello real de Dios, que es Rey y Señor de la naturaleza, son obras que sobrepujan la facultad de ella: cuales son los milagros; las cuales nadie puede hacer sino él, ó por virtud dél.

Destos milagros se han hecho tantos en la religion cristiana, que sería mas fácil contar las estrellas del cielo que ellos. Porque ningun sancto es canonizado en la Iglesia, que no sea con testimonio y averiguacion de muchos milagros; de los cuales se hace diligentísima inquisicion, por ser este negocio de grande importancia. De Sant Vicente Ferrer (que parece haber sido el que despues de los apóstoles mayor fructo hizo en la Iglesia con su predicacion) fuéron probados y testificados ochocientos milagros para su canonizacion, sin hacerse inquisicion de los que hizo en las Españas, donde mas tiempo predicó. Pues ¿quién será tan incrédulo, que crea ser todos estos milagros falsos? Mayormente que uno solo que sea verdadero, basta para confirmacion de la fe. De las reliquias del glorioso mártir Sant Estévan cuenta Sant Augustin muchos milagros (a); y dice que si se hubiesen de escribir todos los que en diversos lugares de Africa se hicieron, sería necesario escribir muchos libros.

Mas porque algunos son muy incrédulos de milagros, procuré yo escribir en nuestra Introduccion del Símbolo tales milagros, que ningun hombre de razon los pudiese negar. Porque parte dellos son milagros que los mismos sanctos que los cuentan vieron con sus ojos, y fuéron testigos de vista. Y destes unos escribe Sant Augustin, otros Sant Ambrosio, otros Sant Hierónimo, y Sant Gregorio Papa, y Sant Gregorio, teólogo, y Sant Crisóstomo, y Sant Bernardo, y Sant Juan Climaco, y Teodoreto. Todos estos padres tan señalados en sanctidad, en autoridad, en doctrina, cuentan especiales milagros á que ellos se hallaron presentes. Otros fuéron muy notorios al mundo; como fué el eclipsi miraculoso que se vió en la muerte del Salvador,

(a) De Civit. Dei, lib. 22. cap. 8.

de que dan testimonio no solo los evangelistas (que no osaran escribir cosa que á no ser así, todo el mundo la contradijera, y los escarneciera), mas tambien lo escribieron autores gentiles. Mas no solamente se escureció el sol, sino tambien la luna, y todas las estrellas del cielo, que son innumerables; las cuales todas se vistieron de luto por la muerte de su Señor. Y que esto sea así, parece claro; porque escurecido el sol que da luz á todas las lumbreras del cielo, necesariamente se habian de escurecer todas ellas. Y esto se confirma por testimonio del Evangelista (b), el qual dice que fuéron hechas tinieblas sobre toda la tierra dende la hora de sexta (cuando el Salvador fué crucificado) hasta la de nona, cuando espiró en la Cruz.

Tambien la venida del Espíritu Sancto, el dia de Pentecostes (c), con tan gran sonido, y en figura de lenguas de fuego, dando á los discípulos el don de hablar en todas ellas, tiene por testigos á hombres de todas las naciones y lenguas del mundo: que eran judíos religiosos y honradores de Dios, que de todas estas partes habian venido, y moraban en Hierusalem; y todos estos quedaron atónitos, y como fuera de sí oyendo hablar á los discípulos las maravillas de Dios en sus proprias lenguas. Esto escribe Sant Lucas. Lo qual si así no pasara, tuviera este Evangelista contra sí todo este número de testigos; con lo qual totalmente desacreditada y destruída toda su escriptura. Y confirmase esta verdad; porque de otra manera, ¿cómo pudieran hombres nacidos y criados en Galilea predicar el Evangelio en todas las naciones del mundo, como lo predicaron, siendo tantas las lenguas del mundo casi como los reinos y provincias dél?

Pues no fuéron ménos conocidos muchos de los milagros del Salvador, por ser tantos los testigos dellos, y estar vivos muchos de los que se hallaron presentes á ellos. Porque veinte años despues de su gloriosa subida al cielo escribió Sant Mateo en lengua hebrea su Evangelio: donde refiere el milagro que el Salvador hizo dando de comer con cinco panes y dos peces á cinco mil hombres (d), allende de las mujeres, y de los mochos, que no serían ménos. Tambien escribe otro semejante á este, cuando el mismo Señor dió de comer á cuatro mil hombres con siete panes, de que sobraron siete espuertas de pedazos (e). Tambien fué muy público el milagro del hijo de la viuda que él resuscitó en presencia de mucha gente que acompañaba á la viuda, y de mucha tambien que venía con el Salvador (f). Y muy mas público el de la hija del príncipe de la sinagoga, cuya fama corria por toda la tierra, como dice el Evangelista (g). El qual si no dijera verdad, tuviera contra sí tantos testigos que en aquella edad serían vivos, pues los milagros eran tan recientes. Ni fué ménos público el milagro de la resurreccion de Lázaro (h): por el qual se le hizo aquel tan solemne recibimiento en la entrada de Hierusalem con los ramos.

§. ÚNICO.

Prosigue la misma materia, y de los fines que tienen los milagros.

Ni tienen ménos verdad y autoridad los milagros que el Apóstol refiere en la carta escripta á los de Corinto y en otra á los de Tesalónica (i): donde trae por testigos

(b) Matth. 27. (c) Act. 2. (d) Matth. 14. (e) Id. 15. (f) Luc. 7. (g) Matth. 9. (h) Joan. 11. 12. Matth. 21. (i) 1. Cor. 12. 1. Thess. 1.

de la verdad que predicaba los milagros que entré ellos habia obrado. Lo cual nunca el Apóstol dijera, si no fueran estos muy notorios; porque á no ser así, los mismos á quien escribía le desmintieran y tuvieran por engañador; pues los milagros que ellos nunca vieron traía por testigos. A esto añado que quien tuviere juicio sano, y leyere con atención solo el capítulo xi de la segunda epístola que escribió á los de Corinto, y considerare la infinidad de trabajos que él allí refiere haber padecido, siendo tantas veces azotado, encarcelado, acusado, apedreado, junto con los caminos, naufragios, peligros en la mar, en la tierra, y en los falsos hermanos; y notare con esto la hambre, la desnudez, la pobreza, las vigiliias, trabajando para ganar de comer para sí y para sus compañeros; y con esto mirare la grandeza de sus revelaciones, y el ser arrebatado y llevado al paraíso; quien todo esto considerare no querrá mas milagro, ni mas confirmacion de la fe, de lo contenido en solo este capítulo; además de los milagros que él refiere haber hecho en la misma Epístola; de que trae por testigos á los mismos de Corinto, como dijimos. Ni nadie será tan incrédulo, que piense haber fingido el Apóstol todo esto para confirmacion de la fe; pues él fué el mayor perseguidor y impugnador que ella tuvo.

Tampoco en nuestra edad faltan milagros muy notorios. Porque ¿quién no ha oido el milagro del sancto sacramento que está en los corporales de Daroca? Y del que está en Frómesta en una patena, testificado por los que le han visto con sus ojos, y tenido la misma patena en sus manos, como se escribe en la Historia Pontifical? ¿Quién no ha oido el de la sangre de Sant Genaro, que está en Nápoles, la cual hierve cada vez que la ponen á vista de su cabeza? Y no es ménos conocido el milagro y la virtud que tienen los reyes de Francia en sanar los lamparones tocándolos con las manos; pues esta es obra que sobrepuja toda la facultad de naturaleza.

Y con todos los milagros susodichos podemos con mucha razon ayuntar el del Padre Brianto; del cual al fin del capítulo pasado hecimos mencion. Pues él, estando preso, afirma con juramento que en medio de los mas terribles tormentos ningun dolor ni pena sentia. Pues ¿qué mas claro milagro, y mas cierto que el que afirma con juramento quien estaba para padecer martirio?

Esta es una de las grandes excelencias y confirmaciones de nuestra fe; y así leemos en las sagradas historias y fuera dellas de muchas personas, que recibieron la fe por medio de los milagros que vieron. Como fué Namaan siro, cuando se vió súbitamente curado de su lepra (k), y Nicodémus en el Evangelio (l), y el Regulo con toda su familia (m), y muchos de los que se hallaron presentes á la resurreccion de Lázaro (n). Mas porque en nuestra Introduccion del Símbolo referimos muchos milagros, no solo de los tiempos pasados, sino algunos tambien de los presentes, parecióme responder aquí á la opinion de algunos que afirman haber sido necesarios los milagros solamente para fundar la fe; pero que despues de ya fundada, no lo son. A esto se responde que aunque los milagros principalmente hayan servido para fundar la fe, mas otras causas hay, despues della ya fundada, para que nuestro Señor muchas veces lo haga. Porque primeramente los hace para honra de sus sanctos, para que así sean venerados, y tomados por abo-

(k) 4. Reg. 5. (l) Joan. 5. (m) Id. 4. (n) Id. 14.

gados, y finalmente canonizados. Y así vemos la muchedumbre de milagros que nuestro Señor hizo para honra de dos grandes lumbreras de su Iglesia (que en el mismo tiempo florecieron) Sant Francisco y Sancto Domingo, y en los discípulos y sucesores destes, Sant Buenaventura, Sant Antonio de Padua, Sant Bernardino, Sancta Clara, y otros muchos que sería largo de contar, y Sancto Tomas de Aquino, Sant Pedro Mártir, Sant Antonino, Sancta Catalina de Sena, Sant Vicente Ferrer; y despues de todos estos (cuasi en nuestros dias) fué canonizado Sant Francisco de Paula. Otra causa de hacer nuestro Señor milagros es socorrer él á sus fieles siervos en algunas grandes tribulaciones y enfermedades muy prolijas, para las cuales ningun remedio humano se halla. Lo cual pertenesce á las entrañas de su misericordia, y á la providencia paternal que él tiene de sus siervos. Y deste género de milagros referimos algunos muy auténticos en nuestra Introduccion del Símbolo de la fe. Otras veces se hacen para librar de peligro á los inocentes; como Sant Antonio de Padua estando aun vivo libró á su padre de un falso testimonio en causa criminal que le habian levantado. Otras causas sin estas hay de hacer milagros; las cuales hallará el cuidadoso lector leyendo los Diálogos de Sant Gregorio, donde cuenta muchos milagros de su tiempo hechos por otras causas, y á veces muy pequeñas (o); porque allí cuenta él de un sancto varon que rehizo una lámpara de vidrio que se habia hecho pedazos; y en la vida de Sant Antonio se escribe otro milagro semejante á este. Porque hallando una moza llorando con grandísima desconsolacion, por habérsele quebrado un librito de barro, movido de compasion, lo tornó á rehacer; como se escribe de Sant Benito en otra cosa semejante. Y sabemos que en tiempo de Sant Gregorio estaba mas fundada y dilatada la fe que agora (p); y pues aun entónces no habia turcos, ni moros. Esto baste para saber que hay otras muchas causas de hacerse milagros aun despues de ya fundada la fe.

CAPITULO XXV.

Vigésima excelencia de nuestra fe, que fué la conversion del mundo.

A todos estos milagros susodichos añadiré el mayor de todos, que fué la conversion del mundo. Para cuyo entendimiento conviene ponderar todas las circunstancias desta obra, que son muchas y muy esenciales, y cada una dellas bien considerada es por sí un gran milagro.

Y primeramente considerémos la doctrina que los apóstoles (que fueron los ministros desta obra) predicaron y persuadieron al mundo. Esto tratamos mas por extenso en nuestra Introduccion, y por eso lo resumirémos aquí en breve. I. Prosiguiendo pues lo dicho, estos nuevos predicadores proponian primeramente al entendimiento el misterio de la sanctísima Trinidad, confesando que en él habia tres personas distintas, cada una de las cuales era verdadero Dios, y con todo eso no eran tres dioses, sino un solo Dios. Proponian que una destas tres personas, que era el Hijo de Dios, se habia hecho verdadero hombre; y sin dejar de ser lo que era, tomó lo que no era; y así fué Dios y hombre juntamente. Predicaban con grande instancia la resurreccion de los cuerpos en fin del mundo; esto es, que un cuerpo comido

(o) Lib. 1. c. 7. (p) Greg. 1. 2. Dial. c. 1.

de peces, ó aves, ó de otros hombres, y convertido en la substancia dellos, habia de resucitar el mismo que fué, y no otro por él. Asimismo que las cenizas de un cuerpo quemado, y hecho polvo, y este volado por los aires, se han de venir á juntar este dia do quiera que estuvieren derramadas, y dellas se volverá á formar el mismo cuerpo que fué, sin que le falte un solo cabello. Predicaban otrosí que los dioses que todo el mundo y todos los reyes y emperadores en todas las edades y siglos pasados adoraron, no eran dioses, sino demonios engañadores y pervertidores del mundo. Y sobre todo esto predicaban que un hombre pobre, tenido communmente por hijo de un carpintero, y despues crucificado entre ladrones, era verdadero Dios, Criador de cielos y tierra; y que estando padesciendo en la Cruz, y muerto en el sepulcro, movia los cielos, y regia el curso del sol, y de la luna, y de las estrellas, y gobernaba toda esta grande máquina del mundo. Estas y otras cosas tales proponian al entendimiento para que las creyese con tanta firmeza, que ántes quisiesen padecer mil muertes, que negar un punto dellas, so pena de ser condenados á las penas del infierno para siempre.

II. Mas á la voluntad proponian otras cosas aun mas arduas: que era apartar á los hombres que estaban atolados hasta los ojos en todos los vicios y torpezas carnales, guardar castidad de cuerpo y de ánima, y predicaban una manera de vida, que toda ella era una cruz y mortificacion de la carne y de todos sus apetitos, resistiendo á todas sus malas inclinaciones, haciéndolas servir y obedecer al espíritu; que es la mas brava y mas continua pelea de cuantas hay. Pues ¿qué cosa mas desabrada para hombres carnales (que tenian por Dios su vientre, su carne, sus deleites, su honra y su dinero) que tal vida como esta?

III. Mas agora veamos qué hombres eran los que tomaron á pechos esta empresa tan árdua. Esto es cosa aun de mayor admiracion. Porque eran unos hombres pobres, rudos, sin letras, sin armas, sin elocuencia, sin nobleza, sin valía y sin algun poder humano. Tales eran los predicadores de cosas tan arduas y dificultosas.

IV. Mas veamos quiénes eran los que les resistian. Todos los reyes y príncipes de la tierra, y señaladamente todo el poder del imperio romano con todos sus emperadores: Nerones, Trajanos, Adrianos, Decios, Dioclecianos, Maximianos, Valerianos, Máximos, Maximinos, con otros tales; y con ellos todos los filósofos, y oradores, y hombres poderosos, así judíos como gentiles: como lo proclamó el profeta David, cuando dijo (a): ¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Juntáronse en uno los reyes y los príncipes de la tierra, y pusieronse en armas contra el Señor, y contra su Cristo, diciendo: Rompamos estas prisiones y ataduras con que nos quieren prender, y sacudamos de nuestras cervices este nuevo yugo que nos quieren poner.

V. Mas ¿de qué manera, y con qué fuerzas contradecian á esta doctrina estos príncipes de la tierra? Con todos los linajes de tormentos que la crueldad de los demonios y de los hombres pudieron inventar; con cárceles, destierros, azotes, fuegos, parrillas para asar los cuerpos, calderas de pez y aceite hirviendo para cocerlos, peines y garfios de hierro para despedazarlos, dientes de fieras para comerlos, cruces y clavos para crucificarlos; y otros tormentos semejantes. Esta era la guerra y la per-

(a) Psal. 2.

secucion que contra los profesores desta religion en todas las partes del mundo se levantó. Mas ni aun con esto se satisfacía la furia y rabia de los tiranos; porque despues de despedazados los cuerpos de los fieles, los echaban á los perros y aves para que los comiesen. Las cárceles estaban llenas destes dichosos hombres; por las calles y por los campos corrian arroyos de la sangre de los que degollaban, á veces de ciento en ciento, y á veces de docientos en docientos, y á veces de muchos mas.

§. I.

Fortaleza y constancia de los mártires.

VI. Pero veamos agora, ya que tales eran los tormentos, cuál era la fortaleza y constancia de los atormentados. Esto es cosa de grande admiracion. Porque viéradamente una infinidad de hombres y de mujeres, de viejos y de niños, y de todos los estados y condiciones de personas, que con una fe y constancia nunca vencida se ofrescieron á todas estas penas y tormentos, por no perder un punto de la fe y lealtad que debian á su Dios y Señor; y esto con ser la persecucion tan general, que apenas se hallaría tierra que no fuese bañada con sangre de mártires, ni cárceles que no fuesen pobladas con las cadenas y prisiones dellos, ni tribunales ante quien no fuesen presentados y acusados.

Y para que mas se maraville, entre estos mártires veremos doncellas tiernas y delicadas competir con los hombres en la fortaleza del pelear; donde en cuerpos tan tiernos se hallaron corazones tan de hierro, que ni con fuego, ni con hierro (que todas las cosas doma) pudieron ser ablandados ni domados. Y para que aun mas se maraville, verá niños de muy poca edad, aunque no niños en la virtud y fortaleza, padecer por la gloria de Cristo, y perdido el temor de la ferocidad de los tiranos, ofrescer alegremente sus cervices al cuchillo. Verá entre estos á Pancracio, nobilísimo niño, criado muy religiosamente de sus padres; el cual despues de su fallescimiento gastaba toda su hacienda en remedio de pobres. Y por esto y por blasfemar de los dioses fué sentenciado á muerte; á la cual iba él como un cordero, muy alegre; y puesto en el degolladero, signándose con la señal de la Cruz, extendió la cerviz para recibir el golpe del espada, y con él juntamente la corona. Desta manera veremos otros muchos niños de poca mayor ó menor edad (como fueron Justo y Pastor hermanos) ofrescerse con ánimos varoniles á la muerte; porque nuestro Señor queria que todas las edades le glorificasen con su sangre, y diesen testimonio de la fe; porque cuanto la edad era mas flaca, tanto mas claro se veía que aquella fortaleza no era de edad tan tierna, sino de la gracia divina.

Pues ¿qué diré de algunas malas mujeres que despues de convertidas á la fe, alcanzaron fortaleza y corona de mártires? ¿Qué diré de los soldados (que suele ser gente muy suelta), muchos de los cuales no fueron ménos esforzados en sufrir tormentos, que en pelear con los enemigos; y estos no en pequeño número, sino muy grande?

Pues díganme agora todos los entendimientos humanos, ¿cómo era posible que tantos hombres se moviesen á creer cosas al parecer tan increíbles, y abrazar vida tan contraria á los apetitos de la carne, viendo aparejada contra sí toda esta lluvia de tormentos, si no fueran atraídos y esforzados con milagros, y con especialísimos favores de Dios? ¿No eran estos hombres de carne y de sangre, tan sensibles como nosotros? ¿No es la muerte